

JUICIOS

EL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Existe en Bogotá, asentado en una bella hacienda romántica e historiada de la sin par sabana, llamada "Yerbabuena", antigua propiedad del escritor —Presidente— Don José Manuel Marroquín, el Instituto Caro y Cuervo, fundado por dos eminentes humanistas colombianos de nombre Félix Restrepo, sacerdote jesuíta, y José Manuel Rivas Sacconi. Vivo el segundo, actualmente Presidente Honorario. Muerto el padre Restrepo, pero no así su colosal obra de filólogo.

No hay en toda la extensión del mundo hispánico una institución que se iguale al Caro y Cuervo. Podría decirse que es el mayor, más depurado y activo laboratorio de nuestra lengua, y nada de lo que en otras comarcas del idioma haya en orden a remozarlo y darle lustre, se parece a lo que un buen número de anacoretas de la gramática realizan en "Yerbabuena". Allí parecería culminar un secular proceso de acendramiento y decantación de la cultura hispánica donde no ha sufrido pausa ni ha trepidado, como en otros países con menos sosiego histórico.

Si no fueran bastantes a cimentar el presitigio del Instituto la utilidad, asiduidad y profundidad de sus investigaciones, realizadas con mística hoy casi subrealista, deberíamos fijarnos en las publicaciones que salen de sus prensas. La "Imprenta Patriótica", que es el nombre dado a su taller editorial, podría ser no solamente una de las más especializadas del continente, sino tal vez la más refinada. No sabe uno qué admirar más en sus ediciones, si el título y la materia de sus colecciones, o la impecable impresión, o los materiales, o la sobriedad. Hasta el empaque cuidadoso que se hace de sus libros y folletos para expedirlos a los bienaventurados que figuran en la lista de suscriptores, es admirable. Se trata de una producción de amorosa artesanía que cautiva al lector.

Las *Noticias Culturales* son una gaceta con informaciones generales sobre la vida, día a día, del Instituto. El *Thesaurus* es la revista que acoge ensayos y análisis de investigación. La "*Granada Entrecabierta*" es una colección de ensayos, poemas, relatos, que cuenta ya un impresionante número de tomos.

El fuerte de las publicaciones son los libros institucionales, los que recogen los textos gramaticales, los ejercicios lexicográficos, las mayores obras literarias, originales o reproducidas, y que se agrupan bajo distintos nombres, siendo el último escogido el de "Biblioteca Ezequiel Uricoechea", para la lingüística indígena.

Además ha emprendido tareas descomunales, como la formación del "Atlas Lingüístico de Colombia", equivalente moderno de la Expedición Botánica de Mutis, hace dos siglos; lo que revela que el espíritu científico y el afán misional perviven en esa nación, cuyos hijos tanta preferencia han dado a los emprendimientos de la inteligencia.

El Seminario Andrés Bello es uno de los programas constantes a través de los cuales orienta sus trabajos el Instituto. Suelen acudir a él estudiantes e investigadores de la más varia procedencia geográfica.

Ni qué decir que la *opera omnia* de Don Miguel Antonio Caro, de Don Rufino J. Cuervo, de Don Marco Fidel Suárez, de Marroquín, Restrepo, etc., se ha publicado y profusamente difundido por el Instituto en volúmenes que son privilegio para cualquier biblioteca.

La lengua castellana que de Nebrija a Bello no ha tenido precisamente los cuidados que había menester, para curar su descaecimiento, halla en este Instituto su altar y su taller. Es de verse la dedicación benedictina de aquellos jóvenes filólogos que, unas veces bajo la dirección de Luis Flórez, otras bajo la guía de Fernando Antonio Martínez, y más recientemente conducidos por la sabia tenacidad de Rafael Torres Quintero, lamentablemente fallecido, y por la promisoría juventud de Ignacio Chaves Cuevas, han iniciado y coronado planes maestros de investigación.

Considerando la insuficiencia que de un tiempo a esta parte muestra la Real Academia Española en el empeño de fijar, dar lustre y esplendor a la lengua, pensamos los legos que el Instituto Caro y Cuervo, acreditado ya universalmente por su idoneidad, podría atreverse a formar un Diccionario Castellano para suplir al de la Academia, que no registra todo el léxico, a pesar de que acaba de incorporar miles de americanismos.

Podría —deseamos— continuar la obra de Nebrija y Bello y Cuervo y Caro en la composición de una nueva gramática que recoja la palpitación genuina de este universo americano, donde se ha dilatado, enriquecido y transformado el habla castellana.

Pocos visitantes de Bogotá saben que a media hora escasa de la ciudad, prácticamente en sus goteras, demora la quinta "Yerbabuena", solar —como ya se dijo— de Don José Manuel Marroquín, finca decorada de leyendas donde se hospeda simbólicamente el Instituto. En torno a la antigua construcción, nuevas estructuras alojan la espléndida imprenta y las necesarias oficinas, laboriosas siempre. Hace pocos años se inauguró una hermosa estatua de Don Andrés Bello

en los jardines, donde hay monumentos erigidos en memoria de los grandes próceres de las letras colombianas. Además que en las viejas salas hay numerosos manuscritos y otros recuerdos de Don Miguel Antonio Caro y de Don Rufino José Cuervo, amén de los dejados por el dueño de la casa, aquel señor Marroquín por quien estudiamos la ortografía castellana los muchachos venezolanos de mi tiempo y bajo cuyo gobierno perdió Colombia el Departamento de Panamá.

Decía Rufino Blanco Fombona que es Colombia el único país donde se sube al Capitolio con la gramática debajo del brazo. Recordaba, sin duda, que filólogos, poetas, escritores, filósofos, forman la teoría de Presidentes que decoran la historia de ese país: Murillo Toro, Núñez, Concha, Caro, Marroquín, Santiago Pérez, Suárez, los Lleras, los López, Eduardo Santos. Hasta Laureano Gómez, el aguerrido caudillo del conservantismo, siendo ingeniero de profesión, tenía escritura amenísima y clásica. El autor de uno de los dos golpes militares de la historia colombiana, el coronel Melo —derrocador de Obando a mediados del siglo XIX—, era helenista.

Precisamente el fundador del Instituto, el padre Félix Restrepo, escribió uno de los raros textos de semántica castellana que existen, bajo el subtítulo *El alma de las palabras*, y otros trabajos únicos sobre filología, lingüística y retórica, y su actual presidente Honorario y largos años director, José Manuel Rivas Sacconi, es el autor de un famoso libro, *El latín en Colombia*, que da una idea precisa de las humanidades clásicas en ese país.

¡Larga vida y fruto y renombre inmarcesibles al Instituto Caro y Cuervo, honra y prez de la estirpe hispanoparlante!

MIGUEL ÁNGEL BURELLI RIVAS

En *El Universal*, Caracas, lunes 6 de noviembre de 1989.

* * *

ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN, *El quehacer literario*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo (Serie «La Granada Entreabierto», núm. 51), 1989, XIV + 246 págs., ilus.

He aquí un excelente libro. Se trata de *El quehacer literario*, de Alfonso López Michelsen, que el Instituto Caro y Cuervo acaba de publicar en sus preciosas ediciones de *La Granada Entreabierto*. Deliberadamente hemos querido prescindir del título de ex presidente, porque no vamos a referirnos al político, sino al hombre de letras, al humanista que prevalece sobre el ciudadano honrado un día con la jefatura del Estado. Porque este *Quehacer literario* nos enfrenta a un escritor

de múltiples facetas intelectuales. Basta leer, con deleitoso detenimiento, las sápidas páginas de esta obra de veras ejemplar, selecta antología de páginas maestras, reveladoras todas ellas del magistral escritor que es Alfonso López, ejemplo del bien escribir y erudito de muy dilatada y rica cultura.

Tal aserto lo confirman los estupendos ensayos y juicios críticos contenidos en el volumen que nos ocupa, en el cual hay verdaderas piezas de bien lograda factura. Así por ejemplo su exhaustivo estudio sobre el vallenato y sus diversas formas de expresión musical y aun poéticas, comprendidas en tres modalidades diferentes según sea el punto geográfico de su origen, y todas encuadradas en el marco de “la Colombia mulata, mestiza y tropical”, porque según López “las tres sangres que conforman nuestro ser nacional — la nativa, la africana y la europea — hallaron su síntesis a través de una música en la que desde los instrumentos hasta los motivos evocan cada una de las distintas fuentes”. Y así va rememorando la procedencia de los diferentes elementos constitutivos de un grupo vallenato

Pero hay en el interesante trabajo de López Michelsen un aparte referente al libro capital de nuestro Nobel García Márquez. Dice así:

¿Cómo espigar en estos temas? Ya investigadores de veras han escarbardado minuciosamente, por el aspecto científico, el folclor de nuestro litoral norte, con manifestaciones tan características como su música y su baile. Y, como testimonio artístico, ¿quién podría emular con ese otro torrente de gracia, humorismo y ternura, que es la novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez? Detengámonos un momento a localizar, como si llegáramos de otro planeta, el Macondo imaginario del novelista. ¿Podríamos circunscribirlo a Aracataca, a Valledupar, a Chimichagua, a Ciénaga o a El Banco? No. Macondo es un pueblo que tiene la ubicuidad de toda la región y está hecho, como las aldeas de Marcel Proust, de retazos de distintas ciudades.

¿Verdad que es afortunada y muy bella la evocación sentimental, espiritual, que el autor hace emotivamente del ya universal libro?

Pero no sólo vale resaltar esto en *El quehacer literario* de Alfonso López. Hay otros penetrantes estudios de mucho aliento como el extenso y muy completo consagrado a la obra de don Tomás Rueda Vargas, el incomparable recreador de la hondura y hermosura de nuestra Sabana de Bogotá. En este amplio análisis del estupendo prosista que fue don Tomás, el autor se recrea, con auténtica deleitación, en el pormenorizado examen de la tarea intelectual del azorinesco estilista. Al recordar la muerte de don Tomás, López evoca la de don Quijote, pues “así debió ser — escribe el ensayista —, porque con su tránsito de la vida terrena entró definitivamente en la leyenda, y

su menuda y enjuta silueta quedó para siempre vinculada a nuestra Sabana como la del Hidalgo Manchego a la meseta de Castilla la Vieja". Y al calificar la prosa de don Tomás, recuerda cómo él tuvo el dón de la gracia. "Gracia de su vida, gracia de su palabra, gracia de su prosa clara y diáfana".

Mas *El quehacer literario* de Alfonso López contiene otros perspicaces ensayos como los consagrados a escudriñar la misión continental del profesor Luis López de Mesa y la tarea intelectual y política de su ilustre padre, el ex presidente Alfonso López Pumarejo, de quien revela peculiaridades de su estilo de trabajo, de consagrado hombre de Estado. Hay otros ensayos de singular mérito como el erudito trabajo sobre *El Príncipe*, de Maquiavelo, revelador de sus estudios humanísticos de latinista. Y uno más de iguales calidades de erudición destinado a escrutar la influencia semítica en *María* de Jorge Isaacs. En fin, notable contribución a la bibliografía colombiana la prestada por el Instituto Caro y Cuervo al recoger, en una cuidadosa edición, la obra dispersa de López Michelsen, que de no haberse reunido en *La Granada Entreabierta*, hubiera quedado diseminada en periódicos y revistas, acaso perdida para la riqueza de nuestra literatura.

AYAX [ROBERTO GARCÍA-PEÑA]

En *El Tiempo*, Bogotá, 20 de mayo de 1990.

* * *

Ha incluido el Instituto Caro y Cuervo en su serie *La Granada Entreabierta* un volumen que recoge algunos de los prólogos escritos por Alfonso López Michelsen a obras de autores colombianos, y artículos y conferencias por él proferidas sobre temas diversos, pero siempre con esmero estilístico. Esta última circunstancia determina el título del volumen: *El quehacer literario*.

Ha sido la formación cultural de López Michelsen una de las más completas sobre colombianos de su generación y de las siguientes. Concurrieron a integrarla factores felices. Primero la vivacidad de su inteligencia y una innata curiosidad investigativa, junto con la aptitud para asimilar conocimientos cernidos por su intuición crítica. Luego, la oportunidad de realizar estudios durante la primera etapa de su educación en serios planteles europeos, en los que la enseñan-

za de nociones fundamentales se ciñe a la tradición humanística. Le facilitó esto el conocimiento de la lengua latina y de varios idiomas modernos. Además de haberle instilado la curiosidad y la disciplina mental que son base de toda cultura firme.

Rectifiqué alguna vez, en un documento periodístico, la generalizada creencia de que la formación intelectual de López tenía ascendencia inglesa. En realidad es de puro y marcado origen francés, de lo que hay huella en la diafanidad del estilo y en su cortante ironía. En la colección impresa por el Instituto Caro y Cuervo estas características esplenden. Todo ello sin desmedro de su español castizo, desatado. Es una prosa que se lee con deleite y que López aprovecha para la integral expresión de sus ideas y de sus propósitos. Nunca amanerada, aunque siempre correcta.

En esta colección ofrece López Michelsen oportunidad para que nuestras nuevas generaciones conozcan bien a personajes que hacen parte de la historia nacional, comenzando por su ilustre padre. Es una provechosa tarea, porque el turbión de la vida contemporánea todo lo arrasa, aun la memoria histórica.

He vuelto a leer en las páginas de esta colección la concisa biografía que López hizo de Juan Lozano y Lozano, a quien estuve yo ligado durante muchos años por fervorosa admiración y afectuosa amistad. Personaje para mí inolvidable por las prendas de su carácter y la maestría de su pluma, no igualada luego dentro del periodismo nacional. Nadie tan diestro para el manejo de la ironía, para elevar el prosaico tema cotidiano con la gracia del estilo. Para enfrentar con impavidez tranquila la función grave del polemista, en cuyo ejercicio no trepidó nunca su ánimo.

Justiciera evocación es también la de López de Mesa, personaje singular por el deliberado rebuscamiento de términos que introducía en la expresión de ideas llanas; pero clarividente en el manejo de negocios públicos y cultor insomne de cuanto conocimiento sirviese a la Patria que amó con fervor inagotable.

La colección que comento aprisa sirve para apreciar la información seria y muy rica de López en cuanto atañe a literatura, historia y política universales. También su filosa habilidad crítica. Hay estudios de penetrante agudeza, como el dedicado a *El Príncipe* de Maquiavelo, eterno brevario de estadistas que deseen poner a su servicio las pasiones y las ambiciones de sus gobernados.

Encima del conjunto están, desde luego, los estudios sobre don Tomás Rueda Vargas y sus amorosas descripciones de la Sabana en que Bogotá se halla asentada. Aquel patriarca hizo de esta llanura que rodean cerros adustos el objeto de su adoración filial. La describió, la ensalzó con el mismo cariño con que supo labrarla. Y logró el milagro

de que su prosa tuviera las características apacibles del objeto descrito. Sólo estremecida por el fervor filial, aunque este nunca tuviera desbordamientos sensibleros.

Es para mí siempre grato repasar páginas que en su primera lectura me complacieron. Esto me ha sucedido con los estudios de López Michelsen a que de modo superficial me he referido. Feliz idea la de reimprimirlos.

GREGORIO ESPINOSA

En *El Siglo*, Bogotá, 6 de mayo de 1990.

* * *

FERNANDO LLERAS DE LA FUENTE, *El corazón suspenso*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Serie «La Granada Entreabierta», núm. 50, 1989, pról. de Jorge Eliécer Ruiz.

El Instituto Caro y Cuervo acaba de publicar en su selecta serie *La Granada Entreabierta*, un pequeño pero espléndido libro de versos, de Fernando Lleras de la Fuente, acaso primer volumen de este creador de belleza, que así irrumpe de brillante manera en el ideal mundo de la poesía colombiana. Léida con avidez emocionada esta hermosa colección de poemas, es fácil advertir que ha surgido un poeta que habrá de ser de hondo calado en la dimensión nacional de la literatura nuestra. Fernando Lleras aparece liberado del supuesto nuevo modernismo de esa desabrochada dizque poesía arrítmica. Lleras prueba que para ser nuevo no se necesita romper clásicos moldes de creación poética. Dígalos si no este pequeño pero hermoso poema, escogido al azar. Oigamos la ardida voz de su soledad interior:

Treinta años me ha tomado
aprender a labrar mis ilusiones.
En los surcos resecos día tras día fui
sembrando
las mejores semillas
de mi secreto huerto,
y me quedé esperando
que dieran frutos frescos.
De la arena
con el tiempo brotaron
primero los arbustos
y luego los rosales,
los robles, los abetos,

los árboles frutales...
Y hoy, que por fin comprendo,
sueño con vastos, infinitos desiertos.

AYAX [ROBERTO GARCÍA-PEÑA]

En *El Tiempo*, Bogotá, domingo 24 de diciembre de 1989, pág. 5-A.

* * *

FRANCISCO ÁLVAREZ DE VELASCO Y ZORRILLA, *Rhythmica sacra, moral y laudatoria*, edición y estudios de Ernesto Porras Collantes y presentación de Rafael Torres Quintero, estudio preliminar y notas de Jaime Tello, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989, cxxi + 671 págs.

Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla es uno de los nombres más antiguos de nuestra literatura nacional. Nació en la Santa Fe de entonces por el año de 1647 y prolongó sus días, entre letras y servicio público, algunas aventuras y peticiones de menor cuantía y una vida siempre devota hasta una fecha ignorada del año 1707 o 1708, cuando murió en Madrid. Sin embargo su nombre ha sido olvidado, casi siempre, por doctos y profanos pese a que en su obra se esconde uno de los más brillantes poetas de nuestras letras y uno de los más empujados representantes de la poesía mística y sus variantes.

La edición que ahora nos entrega el Instituto Caro y Cuervo tiene un doble mérito: el primero, rescatar a Álvarez de Velasco y Zorrilla de ese olvido en que se le ha tenido y, segundo, ratificar la calidad del trabajo que viene realizando, siempre en permanente superación, aquel Instituto que ya tanto y bien ha hecho por las letras colombianas y por la cultura general.

En este libro, como bien lo dice su título, está la obra de sabor sacro compuesta por el poeta colonial. Su obra profana, que sabemos que existió, según sus propias referencias, aún no puede gozar de los beneficios editoriales. Pero lo que ahora tendrá el lector entre manos basta para confirmar las cualidades suyas, pese a deficiencias comprensibles, en una producción que dentro de la línea señalada, emplea los más variados metros, las más diversas formas y, tal vez, el más auténtico carácter conceptista de nuestra poesía, diferente al gongorista que también fue propio de la época.

Completan este denso, rico y depurado volumen — testimonio de la tradicional grandeza de nuestra literatura — los estudios que sobre

el autor y su obra nos ofrecen Jaime Tello y Ernesto Porras Collantes, y la presentación de Rafael Torres Quintero.

SERGIO MEJÍA ECHAVARRÍA

En *El Colombiano*, Medellín, 25 de abril de 1990.

* * *

Epistolario de Rufino José Cuervo con corresponsales españoles, presentación y notas de Carlos E. Mesa, C. M. F., Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989, 712 págs.

El género epistolar ha sido siempre árido para la mayoría de los lectores pero profundamente rico en información para los investigadores: en sus líneas se esconden, directa o indirectamente, facetas importantes de la personalidad de sus firmantes e incluso suele ser espejo vivo que revela el estilo espontáneo de su autor. Porque, por lo regular, es género que, por no estar dedicado a las prensas editoriales, está libre de búsquedas formales y estilísticas que le califiquen y condicionen en forma determinada. Y ello ocurre sea cual sea el tono epistolar de los corresponsales.

En esta ocasión, el Instituto Caro y Cuervo entrega a los lectores desprevenidos o a los investigadores acusiosos, un material de calidad e importancia singulares para conocer, mejor aún, la personalidad de Rufino José Cuervo, nuestro gran humanista y lingüista, orgullo de las letras colombianas. Son cartas entrecruzadas con notables figuras de la intelectualidad española — Hartzenbusch, Romero y Espinosa, Antonio y Manuel Machado, Tamayo y Baus, Campoamor, Ortiz de Zárate, "Clarín", Menéndez Pelayo, Mir, Pi y Margall, Gutiérrez de la Vega, Núñez de Arce, Costa y Llobera, Cejador, Monner Sans, Menéndez Pidal y otros—. Y su contenido es vario, a la medida de tan ricas mentalidades como las que firman estos documentos.

El volumen está precedido por un prólogo escrito por el P. Carlos Mesa, C.M.F., otro gran humanista contemporáneo, quien es, a su vez, el anotador de los textos y quien enriquece lo ya rico, originalmente, con sus acertados comentarios dignos por su contenido, estilo y versatilidad, del formidable protagonista de estas páginas.

En síntesis, un libro que hace honor a la grandeza de nuestras muchas veces despreciadas letras nacionales.

SERGIO MEJÍA ECHAVARRÍA

En *El Colombiano*, Medellín, 29 de abril de 1990.

* * *

«THESAURVS», BOLETÍN DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO,
1989, t. XLIV.

Boletín de lujo del Instituto Caro y Cuervo, que cumple una silenciosa y profunda labor cultural con su permanente cátedra sobre el idioma y el registro de los principales sucesos del mundo intelectual. Riguroso y docto, cada número es un eslabón que recrea el espíritu e invita a la compenetración de los más variados temas.

GUSTAVO PÁEZ ESCOBAR

En *El Espectador*, Bogotá, 19 de abril de 1990.